

LUCRECIA

De la virtud más pura a la exhibición erótica de su muerte



Ana Valtierra

*Doctora en Historia
y Teoría del Arte
Universidad Autónoma
de Madrid*

Escribiendo bajo el reinado de Augusto, Tito Livio (59 a. C.-17 d. C.) nos contaba una de las historias que más trascendencia posterior tendría en el arte: la muerte de Lucrecia. Como amigo personal del emperador, fomentó el grupo de literatos que propagaba la ideología de Augusto, dispuesta a restaurar las antiguas costumbres, así como lo que consideraban un comportamiento púdico y decente. Sin embargo, esta imagen de la muerte de la virtuosa Lucrecia, fue trastocada hasta la saciedad por la pintura posterior, convirtiéndola en una efigie erótica de gabinete que poco tenía que ver con la idea original.

Que la virtud de Lucrecia era superior a la de cualquier mujer, es algo en lo que insiste Tito Livio en su "Historia de Roma desde su fundación". Quedó demostrado cuando en medio de una fiesta, los hombres que defendían la primacía de su esposa sobre todas las demás, acordaron presentarse por sorpresa en cada una de sus casas para ver qué hacían éstas. Determinarían así cuál de ellas tenía una integridad más alta. Fue Lucrecia, tal y como preconizó fieramente su marido Colatino, la única que estaba hilando lana rodeada de sus criadas.

Las consecuencias de esta victoria fueron desastrosas. El rey Sexto Tarquinio, excitado hasta la extenuación por la pureza y belleza de Lucrecia, decidió deshonorarla. Aprovechando la ausencia de su marido, en medio de la noche se presentó en su alcoba, donde espada en mano la amenazó de muerte si no aceptaba acostarse con él. De nada le valió. La virtud de Lucrecia era inquebrantable, y prefería morir antes que yacer con él. Desesperado por conseguir sus propósitos, la hizo la advertencia más terrible: si no cedía a sus deseos sexuales pondría el cuerpo muerto de un esclavo junto a su cadáver y la injuriaría diciendo que les sorprendió en flagrante adulterio.



Artemisia Gentileschi.

El rey Sexto Tarquinio, excitado hasta la extenuación por la pureza y belleza de Lucrecia, decidió deshonorarla



Damià Campeny.

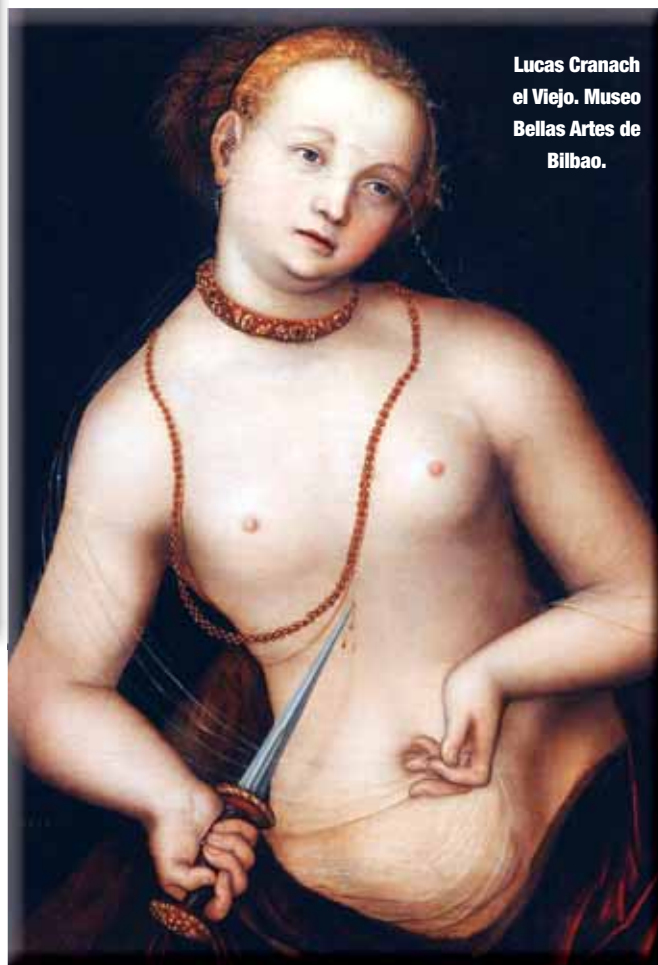


Lucas Cranach el Viejo. Akademie der bildenden Künste de Viena.

Salió el violador victorioso del palacio, mientras que Lucrecia enviaba una carta a su marido, Colatino, y a su padre, Espurio Lucrecio, para que vinieran con un acompañante cada uno. En medio de un mar de lágrimas les confesó la vejación que la habían procesado insistiendo en que “sólo su cuerpo ha sido violado, su alma sigue pura”. Todos intentaron calmar su dolor diciendo que “es el alma quien es criminal, no el cuerpo, sin mala intención no hay falta”. Pero de poco sirvió. Haciéndoles jurar que la vengarían, y exclamando la tremenda frase de “ninguna mujer impúdica alegará el ejemplo de Lucrecia”, sacó un cuchillo de su vestido y se lo clavó en pleno corazón. Así, Lucrecia se convirtió en exemplum virtus, modelo a ser imitado por todas las mujeres romanas.

Llega la República

Este momento preciso es el que pintó Eduardo Rosales en 1871. en el fabuloso lienzo que hoy podemos contemplar en el Museo del Prado. Lucrecia acaba de morir, y tres personajes, su marido, su padre y Publio Valerio (acompañante de su progenitor), están encogidos de dolor. A la derecha una figura masculina alza en lo alto un cuchillo. Es Bruto, su primo y acólito de su marido, quien ha arrancado el cuchillo del corazón sin latido de la mujer y, sujetándolo en alto todavía con la sangre goteando, está exclamando airado “por esta sangre, la más pura antes de la injuria real juro, y a vosotros, oh dioses, pongo por testigos que expulsaré a Lucio Tarquinio el Soberbio, junto con su esposa criminal y toda su descendencia por el fuego y la espada, y por todos los medios que estén en mi poder, y no toleraré reyes en Roma, ni ellos ni ningún otro”. Efectivamente la muerte de Lucrecia significó el fin de la monarquía romana y el comienzo de la República. De ahí que este mismo tema fuera tratado por Casto Plasencia en su pintura bajo el título de “El origen de la República romana”, un lienzo de 1877 también ubicado en el Museo del Prado. En la escalinata de un templo Lucrecia yace muerta, entre los aspavientos de los



Lucas Cranach el Viejo. Museo Bellas Artes de Bilbao.

presentes que la rodean. Bruto sujeta su brazo izquierdo, y con ese mismo suyo, alza en alto el puñal asesino interpolando el juramento. Delante, la multitud con los brazos en alto le vitorea. Al fondo la escultura de la loba amantando a Rómulo y Remo. A través de esta escultura se hace el recorrido completo de la monárquica romana, que comienza con Rómulo y termina con esta terrible muerte.

Algunas de estas pinturas, ya de antaño, no estuvieron libres de una reivindicación política clara. Es el caso del florentino Sandro Botticelli (1445-1510), quien en sus “Historias de Lucrecia” muestra en el centro de su pintura el cadáver de Lucrecia expuesto como el de una heroína, con la daga con la que se ha matado todavía sobre su pecho. Encima está Bruto, exhortando a la revuelta. Es el tema de las rebeliones populares, muy aplaudido en esta época en las volátiles repúblicas italianas. La imagen esculpida en primer término detrás de Bruto es David con la cabeza de Goliat, símbolo de la revuelta contra la tiranía en la República de Florencia. Estas referencias explícitas a la política del momento por parte de Botticelli, se hacen más evidentes al ver que el pintor no ha hecho aquí ningún esfuerzo por recrear la arquitectura o vesti-

El tema de Lucrecia como excusa para pintar un desnudo, se convirtió en algo obsesivo en la trayectoria de Cranach el Viejo, quien llegó a pintar unas sesenta variantes de este tema solo



Venus. Lucas Cranach el Viejo.

mentas de la antigüedad. Es un escenario de su época, donde parece que quiere transmitir un mensaje político claro.

La excusa para el desnudo

Si importantes pinturas, tomando casi al pie de la letra la narración de Tito Livio, representaron el importante cambio de la Monarquía a la República y la defensa de los supuestos valores de las mujeres pudorosas, esto no fue lo convencional. Lucrecias exentas de cualquier otra figura, desnudas, mostrando sus pechos e incluso en ocasiones su pubis al espectador, sujetan el cuchillo con el que se van a dar muerte. Así la pintó Lucas Cranach el Viejo en una pequeña tablita de haya que se conserva en la Akademie der bildenden Künste de Viena (1532). Es uno de sus desnudos inconfundibles, de figura fina, de los que este pintor hizo un género propio. Se recorta sobre un fondo negro, que acentúa la línea de su cuerpo desnudo. En la mano derecha sostiene el cuchillo que dirige al corazón, y con la izquierda sostiene un velo transparente que pasa por encima del pubis sin tapar nada. Esa prenda púdica ha perdido intencionadamente su utilidad. Es más, poco menos que la única diferencia entre la representación de la sexual Venus y la púdica Lucrecia realizada por este pintor es el cuchillo, que funciona como atributo que identifica a la matrona romana.

El tema de Lucrecia como excusa para pintar un desnudo, se convirtió en algo obsesivo en la trayectoria de Cranach el Viejo, quien llegó a pintar unas sesenta variantes de este tema solo o con ayuda de su taller. Una de estas tablitas, hecha en madera de haya, fue adquirida en 2012 por el Museo de Bellas Artes de Bilbao. Se la compró a un coleccionista madrileño por 1.400.000 euros. En esta ocasión se la representa semidesnuda, tapada con una tela de terciopelo que deja sus pechos al descubierto, así como el inicio de su pubis de manera incitante. Se vuelve a utilizar el mismo velo transparente para el rostro, que baja por el resto del cuerpo. Los adornos del cuello, así como la rica empuñadura del cuchillo, denotan su origen noble.



Eduardo Rosales.

Lucas Cranach el Viejo no fue el único. Dure-ro usó este tema en 1518, y fue una de las dos únicas veces, que de manera excepcionalísima, reprodujo temas paganos. Una vez más la escenifica semidesnuda, con el lecho de la deshonra detrás y el puñal, ese arma eminentemente femenina, en la mano. Así, Rembrandt, Tiziano, Tintoretto y un largo listado de artistas pintaron a esta mujer, con más ropa o menos. O la cincelaron, como fue el caso del escultor catalán Damià Campeny en 1804, cuya Lucrecia, obra maestra del neoclasicismo, luce su pecho derecho al descubierto y la herida sangrante el puñal en el izquierdo, mientras que el mortífero arma descansa en el suelo.

Esta calibración de su desnudo en cuanto a cuánto enseñaba de su cuerpo la romana, tan sólo dependía de las diversas intencionalidades de su pintura. Esto es, desde representar el heroísmo contra la opresión, hasta convertirla en un mero pedazo de carne para el placer solitario masculino. Efectivamente, la muerte de Lucrecia se convirtió, paradójicamente, en una imagen erótica de salón muy codiciada entre algunos seres del sexo masculino para los que esta manera de resistencia casta era un plus de excitación.

Entre tanta proliferación de representaciones sobre su muerte, una persona trasgredió la

mera historia para contar una vivencia íntima y personal: Artemisa Gentileschi (1593-1656). En su pintura de 1621, conservada en el Palazzo Cataneo-Adorno, las enseñanzas del tenebrismo adquiridas en Roma a través de Caravaggio y de su padre Orazio, aparecen con toda su grandeza para exaltar el dramatismo de este lienzo. Lucrecia está sola en la habitación, con las ropas desbaratadas. Con el gesto decidido que caracteriza a todas las heroínas de Artemisia, se sujeta un pecho con la mano derecha, y con la izquierda el puñal con el que va a terminar con su vida. Efectivamente Artemisia, igual que Lucrecia, fue violada. Lo hizo el pintor Agostino Tassi en 1612, y su padre Orazio le denunció ante el tribunal papal. En la abundante documentación que conservamos sobre el proceso, se pone de manifiesto la crudeza de la acción sufrida quién narra cómo “le arañé la cara y le tiré de los pelos y antes de que pusiera dentro de mí el miembro, se lo agarré y le arranqué un trozo de carne”. Pero también las crueles pruebas a las que la sometieron para cerciorarse de que su acusación era cierta, que incluían un humillante examen ginecológico y la tortura. Igual que ya hicieron las mujeres romanas de la antigüedad, Artemisia tomó como suyo el relato de una respetable matrona que ha sido violada por el arrogante Tarquinio el Soberbio y



Alberto Durero.

está a punto de quitarse la vida. Ese dolor emocional que experimentó Lucrecia, fue compartido por la pintora, que lejos de resignarse en pleno siglo XVII, ganó la denuncia a Tassi, que fue condenado a un año de cárcel y la expulsión de los Estados Pontificios. Así, las dos valientes mujeres se convirtieron en una a través del relato de su horror. La narración de sus parecidas historias, fue plasmada en el lienzo por la pintora, pues tal y como relataba la artista que había sucedido: “Cerró la habitación con llave y una vez cerrada me lancé sobre un lado de la cama cogiéndome con una mano el pecho, me metió una rodilla entre los muslos para que no pudiera cerrarlos, y alzándome las ropas, que le costó mucho hacerlo (...) comenzó a empujar y lo metió dentro”.

Curioso destino el de Lucrecia, quien queriendo evitar que las mujeres usaran y abusaran de su historia, se convirtió en una imagen tiranizada por alguna suerte de mente masculina. Entre lo heroico y lo erótico, ha traspasado los siglos a través de artes de muy diversa índole. Estos es, la han compuesto óperas, ha sido ejemplo para padres de la Iglesia y mencionada con insistencia en diversas obras y poemas. Sin embargo su importancia capital queda lejos de todas estas inquietudes. Lucrecia es el inicio del camino hacia la República romana, tal y como lo pintó Casto Plasencia en 1877. Efectivamente, su primo Lucio Junio Bruto fue el líder de la revuelta contra la monarquía, proclamando la República en el 509 a. C. A partir de esa afrenta el culpable, aun siendo rey, no quedó impune y no fueron elegidos más monarcas para Roma.

Curioso destino el de Lucrecia, quien queriendo evitar que las mujeres usaran y abusaran de su historia, se convirtió en una imagen tiranizada por alguna suerte de **mente masculina**.